

# Fútbol, pobreza y abundancia, identidad y emigración

*Miguel Donoso Pareja*

En apariencia encontrados, en bandos opuestos, antagónicos, el fútbol y la literatura son fenómenos culturales que viven en el Ecuador, como en el resto de los países latinoamericanos, un amor tempestuoso y desequilibrado.

Según *El fútbol ecuatoriano y su Selección Nacional*, de Mauro Velásquez (Cia. de Cervezas Nacionales, Guayaquil, 1998), este deporte comenzó a practicárselo en el Ecuador por iniciativa del «gringo» Martin Dunn, de origen inglés, y de los guayaquileños Juan Alfredo y Roberto Wright, también de ascendencia inglesa. Esto sucedió en los inicios de 1902, cuando se fundó en Guayaquil el Club Sport Ecuador. En 1906 el juego llegó a Quito y se extendió por el resto del país.

Si bien los ingleses –en Argentina, Uruguay, Brasil y Chile, por ejemplo–, tuvieron que ver con la introducción del fútbol en América del Sur, el equipo ídolo del Ecuador, el único que tiene hinchada en todos los rincones del territorio nacional, se llama Barcelona, cuyo nombre se explica porque fue fundado, en 1925, por catalanes (Valentín Sala, Juan Domenech, los Girbau, Antonio Pons, los Castells, los Peré, los March, entre otros) y guayaquileños (Rigoberto Aguirre, José Morla, Carlos Sangster, Otón Márquez de la Plata, los Pombar, etc.). Como caso curioso cabe mencionar al uruguayo Ignacio Moggia entre los fundadores del popular club del barrio del Astillero, cuyos hijos Colón, Ignacio y Vicente destacaron como jugadores de béisbol, deporte que nunca se ha practicado en Uruguay y los catalanes, en la bella Ciudad Condal, ni siquiera ahora podrían imaginarse un *team* de esta disciplina deportiva que pudiera llamarse Barcelona.

Pero nuestro interés no es escribir una historia del fútbol del país, ni mucho menos, sino resaltar lo joven de su llegada y la amplitud de su expansión desde los sectores altos (en su mayoría) y medios que lo inician (el origen del fútbol en el Ecuador es «aniñado», es decir de clase alta), hasta los estratos populares que hoy lo practican, incluso como la

opción más asequible para salir de la pobreza y ser «alguien «en la vida, adquirir significación. Y también las veces que el fútbol, en tanto hecho cultural, entra en la literatura y en la vida; así como la certeza de que ese amor ambivalente (¿desesperado y sin asidero?) que sentimos los escritores por el fútbol tiene afinidades muy de fondo.

En 1982, por ejemplo, apareció *Área chica* (El Conejo, Quito) una antología con textos sobre el fútbol de Aguilera Malta, Fernando Alegria, Carlos Béjar Portilla, Mario Benedetti, José Pedro Díaz, Silvia Lago, Raúl Pérez Torres, Eloy Pineda, Néstor Sánchez, Edwin Ulloa, Umberto Valverde, Vargas Llosa y Jorge Velasco Makenzie. En total, trece autores que, ubica-dos según sus nacionalidades, dan el siguiente resultado: cinco ecuatorianos, tres uruguayos, un mexicano, un peruano, un chileno, un argentino y un colombiano.

Aun con un arbitraje (léase «una antología») «localista» —como se dice en el *argot* deportivo—, el librito tuvo éxito. En el breve prólogo —«Fútbol: enajenación y algo más»— escribí entonces, y hoy lo reitero: «(...) frente al héroe futbolístico, objeto de explotación por un lado y espejo de las virtudes que el pueblo debe rescatar: pundonor, habilidad, espíritu de lucha, preparación y sobriedad, entereza (...), el fútbol tiene un fuerte dramatismo, frustraciones, dolores humanos (...) y ha concitado el interés de los escritores».

Pero sigamos: entre nuestros mejores jugadores de todos los tiempos —que no son muchos— habría que mencionar hoy a Alex Aguinaga, Iván Hurtado, Edison Méndez, el «Tin» Delgado, Ulises de la Cruz y el resto de los que conformaron el grupo que, dirigido por el Bolillo Gómez (ecuatoriano honorario nacido en Colombia), rescató las virtudes del pueblo —pundonor, entereza, espíritu de lucha y generosidad, entre otras—, calificó al Ecuador por primera vez a un mundial e instauró, para todo aquello a lo que habría que enfrentarse, en especial la crisis económica y la corrupción dirigencial del país, el lema optado saludablemente por todo un pueblo: «Si se puede».

En el mismo libro utilicé como epígrafe un breve diálogo, tomado de *Gracias por el fuego*, novela de Mario Benedetti, que se da así:

«—¿Cómo irá Peñarol a estas horas?— dice un susurro vergonzante.  
—Diga mejor: ¿cómo irá Spencer?— comenta otro susurro».

Es fácil entender el sentido de estas apagadas palabras: hasta los militantes clandestinos pensaban en el fútbol con añoranza.

En este contexto, también es interesante saber que no hay mejor tarjeta de presentación en Uruguay, donde sea y cuando sea, que decir que

uno es compatriota de Cabeza Mágica (Spencer). Es que este, lo dicen unánimemente los charrúas, no fue sólo un *crack* por todo lo alto sino que fue y es «un señor», dentro y fuera de la cancha. Igual concepto tienen de «El Güero» (Aguinaga) en México. En ambos casos uno se siente orgulloso de ser coterráneo de ellos, por el fútbol y por su calidad como personas.

*Historia de pelotudos / literatura de grama* (Astrolabio Editores, ¿Quito?), de Juan Carlos Morales Mejía, apareció en 1998. Este libro muestra no sólo cuentos o fragmentos de novela sino también poemas, e incluye a muchos de los escritores que integraron *Literatura de la pelota*, de Roberto Jorge Santoro, desaparecido (léase asesinado) por la represión militar argentina, autor a quien Morales rinde homenaje.

¿Quiénes son los más significativos entre los antologados por Morales y Santoro? Pues muchos y de lo más variados, desde Rabelais y Shakespeare, Camilo José Cela, Miguel Hernández, Pasolini, Camus, Thiago de Mello y Horacio Quiroga hasta Rubén Blades y Joan Manuel Serrat. Así es el delirio por el fútbol a nivel mundial, incluso para los más talentosos.

Es evidente, entonces, cómo entra temáticamente el fútbol en la literatura y de qué manera los grandes, medianos y pequeños autores le han dedicado su atención, unas veces en pro (la mayoría) y otras en contra (muchos menos).

En esta tesitura, sólo quiero apropiarme ahora de un párrafo de Jorge Valdano, quien con sobriedad, agudeza y gracia, señala lo que sigue: «De cuando en el mundo había polos ideológicos podemos extraer [que] la izquierda se entretuvo en un análisis crítico-ideológico, político-económico y socio-psicológico del fenómeno, un enorme esfuerzo intelectual para acabar despreciándolo» y que «la derecha, siempre tan eficaz, fue más concreta: usó el fútbol en beneficio de sus intereses de dominación».

El mejor libro que sobre la materia se ha escrito en el Ecuador es *Un pájaro redondo para jugar*, de Galo Mora, un texto que establece alianzas absolutamente concordantes: el fútbol y la literatura, por un lado, así como la memoria y el ensayo. Galo Mora —músico, antropólogo, estudioso de la literatura, comunicador social y futbolista frustrado—, al margen de la categoría de género, une e integra en este libro un ensayo exhaustivo sobre el fútbol y sus memorias hasta los días actuales.

A pesar de su aparente o real todología (ante lo cual soy proclive a la sospecha), el autor sigue esa tradición en la que se identifican los intelectuales y los futbolistas –recordemos que Albert Camus fue arquero en un equipo argelino, que Eduardo Galeano jugó como defensa en el Peñarol (¿por qué no, si Julio Iglesias lo hizo en el Real Madrid?) y que Maradona admira a Fidel Castro y al Che. En este contexto, me interesa destacar un par de puntos. En primer lugar, una entrevista ilusoria de Maradona y Borges (insólitos los dos, grandes y sin pelos en la lengua ambos) que Mora ha sido capaz de armar con declaraciones de uno y otro en diferentes lugares y tiempos, y con enorme ingenio ha convertido en un diálogo lleno de humor y sabiduría, lo que demuestra una vez más que la literatura es básicamente la organización de un discurso y que un inteligente trabajo intertextual puede formular un texto diferente con partes de otro o de otros discursos, en este caso el inmenso número de entrevistas y declaraciones del futbolista y el escritor más solicitados por la prensa del mundo, protagonistas de dos hechos culturales insoslayables: el fútbol y la literatura, la cultura popular y la cultura «cult». Como ejemplo de esto transcribo a continuación el inicio de dicha conversación ilusoria:

«–Gracias por aceptar esta charla, sé que su tiempo es corto.

–El tiempo no existe, Maradona.

–El de ayer sí, Borges. El de la infancia digo, por ejemplo. La mía fue linda. Con muchas necesidades, sin lujos, sin que nos sobrase nada. Pero en medio de esa pobreza tenía alegrías de pibe.

Por ejemplo, cuando jugaba a la pelota o cuando comíamos con mis padres, mis hermanos, mis primos, un buen puchero, a veces un asadito.

–Bueno, en eso somos parecidos. Recuerdo en Lugano, cerca de aquí. Una de las consecuencias de la guerra era la carencia de alimentos. Yo pasaba noches enteras imaginando menús y platos, pero al final me conformaba con un pedazo de pan.

–Lo ve, Borges, bueno es un decir; digo que, a pesar de la miseria, mi infancia fue feliz, allá, en Villa Fiorito.

–Mire, Maradona, la felicidad es algo inmediato; no se puede definir, se siente. Es el sabor del café, la proximidad del mar, la pampa, el color amarillo, el atardecer de una ciudad remota. ¿Dónde vive usted?

–En Nápoles, que ha sido la ciudad de mi madurez como jugador y como persona. Usted ha vivido en muchos sitios, ¿no?